

PERSPECTIVAS DE LA LECTURA (1)

AMOR POR EL LIBRO

Mucho agradezco el honor que me han dispensado los manenedores de las Jornadas Bibliotecarias Argentinas, al invitarme a ocupar su prestigiosa tribuna en ocasión de celebrarse el día del Bibliotecario y de conmemorarse, en consecuencia, un aniversario más de la fundación de nuestra Biblioteca Nacional.

Desde luego, nada nuevo podré decir desde el punto de vista estrictamente técnico-profesional. El mundo bibliotecómico, el mundo que finca más allá de la Sala de Lectores, me es ajeno. Mi jurisdicción bibliológica está circunscripta por las cuatro paredes anaqueladas del gabinete de lectura. Y desde ese ámbito he considerado oportuno coordinar algunas reflexiones, propias y ajenas, brotadas de circunstancias que giran en torno del libro y su lectura.

El libro es un astro con propias constelaciones y, entre ellas, como satélites se mueven lector y bibliotecario. Usuario, el uno; custodio, el otro. El lector accede al libro en busca de información, de goce, de placer, de sustitutos satisfactorios para sus insatisfacciones, de caminos y orientaciones, del misterio y lo porvenir. ¿Puede un auténtico lector dejar de amar al libro, que le proporciona todo esto? El bibliotecario, por su parte, tiene preparados al lector un lugar y un ambiente para esta búsqueda; le guarda y conserva los libros; estimula

(1) Conferencia pronunciada el 12 de setiembre de 1957 en el Salón de "Amigos del Libro", con motivo del "Día del Bibliotecario".

en el lector el amor por el libro; le apresta las mejores condiciones posibles para la lectura. ¿Ama el bibliotecario profesionalmente el libro? Es difícil responder. Josefa Sabor, en el artículo *Formación del bibliotecario argentino (La Biblioteca 2da. época. Tomo IX, Nº 1, 1957)*, cree que “los bibliotecarios argentinos no enseñan a amar los libros y las bibliotecas, porque ellos tampoco los aman”.

Quizá sea éste un fenómeno de rutina y de deformación profesional que en lo que va de nuestro siglo es común registrar en diversos órdenes. El escultor Rodin escribía a Despiau y Bourdelle, refiriéndose a estas cuestiones: “Lo que falta a nuestros contemporáneos es, a mi parecer, amor por su profesión, por su trabajo, por sus instrumentos de labor. Sólo cumplen sus obligaciones con repugnancia. La sabotean conscientemente, tanto en lo más alto como en lo más bajo de la escala social. Sin embargo, cuánto más feliz sería la humanidad si el trabajo en vez de ser para ella el rescate de la existencia fuera su objeto. Para que este maravilloso cambio se operara, sería preciso que todos los hombres siguieran el ejemplo de los artistas, pues el vocablo en su acepción más alta significa para mí: los que se complacen en lo que hacen, los que gozan con lo que hacen”.

LA LECTURA

Siendo la lectura la razón de encuentro entre lector y bibliotecario, realizándola uno; facilitándola, el otro, propiciándola y capacitándose no sólo para ser un funcionario más, sino, sobre todo, un asesor útil, un artista que se complace en lo que hace y sabe para que lo hace, he considerado oportuno recordar ciertos aspectos de ese motivo de coincidencia entre ambos. Mucho se ha dicho y escrito acerca de la lectura. Aquí sólo quiero apuntar algunas perspectivas que asedien nuestro común interés de lectores y bibliotecarios.

Uso la palabra perspectiva consciente de sus múltiples acepciones. Perspectivas de la lectura significará proyectar

en el plano de nuestro interés de hoy la realidad de la lectura; significará referirla a su pasado, presente o porvenir; comportará urgar en sus apariencias y falacias; reportará observar su proximidad o alejamiento con respecto de los módulos de la civilización y culturas actuales.

El libro, cuando sale de manos del autor y pasa por las del impresor, se ha transformado en un receptáculo, en un cuerpo que puede ser hermoso, aunque en sí es indiferente. De esa urna, de ese cuerpo, es custodio el bibliotecario; pero, en ese cuerpo subyace un alma dormida. El libro es cosa inerte hasta que los ojos establecen comunicación entre sus letras y el espíritu vivo. El libro que no se lee es una lámpara apagada, ha dicho Marcel Prevost; sólo se encenderá al contacto con la vista.

El lector despierta el alma latente del libro y la lectura, el recorrer con la vista la letra impresa, es nuestro primer modo de aproximación a la obra literaria —porque a la literatura en particular hemos de referirnos—. Alfonso Reyes en *La experiencia literaria* llega a la conclusión de que en el mundo moderno y hasta este momento, la literatura se ofrece en forma de lectura. Hasta este momento, aclaro, porque nada nos asegura que en ese mañana trastrocador que ya vemos alborear, las condiciones de la literatura sean las mismas que las de hoy. Hasta este momento, las obras literarias —salvo las dramáticas, se entiende—, se escriben para ser leídas. El creador literario, tal cual hoy lo conocemos, piensa en el hombre como lector; piensa en el hombre como en el animal que lee. Por eso nos ha costado tanto comprender las características de aquellas obras primitivas que no nacieron para lectores, sino para auditores; de aquellas obras que circularon oralmente y se transmitieron en la memoria de las generaciones.

Si encontramos, por ejemplo, que entonces muy contados eran los que sabían leer; si hallamos noticias en las cuales parecen insinuarnos que personajes de la talla de un Carlomagno habrían sido semianalfabetos; si en la *Partida Segunda*, Título V, ley XVI, de las famosas *Siete* del rey Alfonso

El Sabio se señala la gran conveniencia que reportaría a los reyes y gobernantes el saber leer; y si a pesar de ello se verifica en esos tiempos la presencia de una literatura rica y difundida, es como para pensar que circuló por medios ajenos a la lectura. Y si a esa hipótesis se añaden todavía los recursos puestos en juego por la Iglesia en su obra evangelizadora, atisbaremos sin duda la posibilidad de otras formas de asimilación intelectual y estética.

Pero hoy, por el momento, se nos da la literatura y el acceso al conocimiento por la lectura. Es cierto que están la radiofonía y el cine ahorrando tareas al lector desertor; es cierto que el “*film*” está ganando la escuela como ayuda didáctica pues complementa visualmente con tanto o más eficacia que el libro, la explicación profesoral; es cierto, también, que ya son numerosos los colegios y universidades donde se graban en cinta magnetofónica las clases magistrales, que luego podrán oírse tantas veces cuantas se deseen y con ello reemplazar en parte la frecuentación del libro y la biblioteca; pero es innegable que quien busque horizontes más amplios, quien desee afirmar una cultura, deberá acudir inevitablemente a las fuentes librescoas. “La lectura —escriben Guyot-Daubes— ocupa en la formación de la personalidad, en la educación, un lugar preponderante”; la lectura, que podrá ir del diario a la enciclopedia, de la obra literaria al manual, del palimpsesto al “*microfilm*”. Lo positivo es que “la suma de conocimientos que posee un erudito, un sabio, en gran parte está adquirida por la lectura” (Guyot-Daubes). Y hasta el sentido de la vida, la orientación, la manera de pensar, sentir y reaccionar de un individuo, denuncian sus lecturas.

Montaigne, en el libro III, cap. III, de los *Ensayos*, decía: “(Los libros) son la mejor munición que he hallado en este humano viaje” y sus palabras, hasta este momento, no han perdido validez ni actualidad. Insisto en repetir la advertencia: *hasta este momento*. No podríamos asegurar que en lo futuro ha de ser siempre así.

PORVENIR DE LA LECTURA

Por de pronto, ya hay autores que profetizan la desaparición del libro, de la lectura y, por lo tanto, de la cultura de procedencia libresca. Lo cual, en vías del ultraprogreso, sería regresar a un primitivismo, como se ha visto ocurrir en algunas artes. Preanuncios de esa crisis no lejana de la lectura van apareciendo con los libros abreviados. No olvidemos que hasta el propio Ortega y Gasset —que, por otra parte, tan certeramente precisara la *Misión del bibliotecario*— contribuyó desde la editorial de la *Revista de Occidente* a publicar ediciones compendiadas de algunos filósofos y ensayistas. Del mismo modo preanuncian condiciones distintas para la lectura, en un mañana no muy distante, las condensaciones del tipo que peligrosamente han divulgado las *Selecciones del Reader's Digest*. Y más graves aún son las consecuencias de ciertos tipos de “mentores” o síntesis de temas de examen a que se están acostumbrando nuestros escolares.

Por lo demás, luego de Ortega, el grito profético y admonitorio de la crisis de la lectura, lo ha lanzado Georges Duhamel desde el prólogo de uno de sus últimos libros de ensayos, titulado, precisamente, *Refugios de la lectura*, donde observa que universalmente se registra una decadencia del arte de leer. “Me acusaría —dice allí— de ceder a pensamientos misantrópicos, a la profecía fantasiosa, si anuncio que el libro tiene, en los días que vendrán, el peligro de desaparecer o por lo menos de quedar relegado a las prácticas de una minoría selecta cuya existencia no será segura en algunos países de este mundo confuso.” “Todo me hace pensar —agrega— que nuestros nietos se formarán por otros medios nuevos. Desprestarán el libro y no comprenderán ya probablemente qué es la cultura humanista. Estarán rodeados —sean sus familias beneficiarias o no del régimen vigente— de altavoces que, a determinadas horas les distribuirán las informaciones, a otras horas las diversiones, a otras las directivas. Ejercerán oficios

mecanizados que exigirán gran desgaste nervioso y el hombre servidor del autómeta se convertirá él mismo en un robot”.

Esta perspectiva que anticipa Duhamel recuerda un tanto a las entrevistas en la novela de Orwell, *1984*, y aunque todo parece concurrir al cumplimiento de las negras profecías, *por el momento*, —y esperemos que las circunstancias anticipadas por Duhamel demoren en consumarse— el libro es el centro de nuestra actividad cultural y humanística y —como dijera Mathew Arnold— la calidad de vida del hombre moderno depende fundamentalmente de lo que lee.

EXIGENCIAS DE LA LECTURA

Pero, ¿qué lee, cómo lee, cuándo lee, el hombre moderno? Las exigencias de la lectura han variado con el tiempo. Un lector común de nuestros días no lee del mismo modo que uno de la Antigüedad, del Renacimiento, o del siglo XVIII. Por otra parte, mientras en el siglo XVIII, por ejemplo, en los cánones estéticos rígidamente guardados por los autores, había una garantía para el gusto de la época, en nuestros días van mezclados la paja y el grano y todo lanzado con igual estridencia publicitaria en busca del lector. De allí el acierto de Cocteau al observar que en el mundo actual la Santa Publicidad reemplaza a la crítica.

Azorín en uno de los ensayos de *El artista y el estilo* apunta que en los tiempos antiguos se leía menos que en los tiempos modernos; en lo antiguo la lectura era un acto complementario, ocasional; en los días actuales la lectura es una función orgánica, “forma parte de las funciones fisiológicas...” La necesidad del leer el diario, por la mañana, pongamos por caso, es tan imperativa como la del desayuno. La lectura es para el hombre moderno una necesidad vital.

Dimnet en los apuntes sobre *El arte de pensar* sospecha que en la Antigüedad, en cambio, la lectura no debió diferenciarse mucho de un rito. Muy pocos serían los que supieran leer o los que poseyeran cilindros o códices. Los más se enteraban

de las noticias de las obras, por vía oral, a través de pregoneros disertantes o lectores públicos. En tal sentido un biógrafo de San Ambrosio conserva un recuerdo de éste que, si no conociéramos el antecedente del lector en voz alta, no podríamos interpretarlo, pues consigna que el santo en su vejez se vió obligado a renunciar a la lectura por enfermar de la garganta. Y Jorge Luis Borges, en el jugoso artículo *Del culto de los libros*, señala la circunstancia de que la afonía ambrosiana, presentando el singular espectáculo de un hombre en una habitación, con un libro, leyendo sin articular palabras, leyendo para sí, iniciaba un extraño arte, el arte de leer silenciosamente, pasando directamente del signo de escritura a la intuición, omitiendo el signo sonoro. Ese arte —concluye Borges— “conduciría a consecuencias maravillosas; conduciría, cumplidos muchos años, al concepto del libro como fin, no como instrumento de un fin”; conduciría, agreguemos, a la existencia de una entidad que es la Biblioteca Pública, a la concurrencia simultánea de múltiples lectores interesados en temas diversos, satisfechos por la atención y asesoramiento de bibliotecarios conscientes de su profesión; conduciría a un más difundido amor por el libro.

Otras reflexiones atinadas de Dimnet ahondan en los rasgos diferenciadores de la lectura a través de épocas diversas. En primer lugar, lo concerniente a la comunión entre la obra y su destinatario. Cuando el lector de épocas pretéritas llegaba a un libro, lo hacía con calma, con pausa, entregaba su alma a él. ¡Cuánto se asombrarían aquellos lectores antañones si vieran cómo leemos! De prisa, en cualquier parte, plegados en el “colectivo”, colgados de un pasamanos en el “subte”; buscando el concepto quintaesenciado si se trata de obra informativa, sin tener en cuenta la arquitectura total de la misma; o saltando páginas en busca de la acción precipitada, del desenlace, si se trata de obra imaginativa; sin gustar al arte de composición y de expresión puestos en juego por el autor para lograr sus efectos.

En segundo lugar señala Dimnet la excelencia de los li-

bros que en épocas de mayor rigor crítico y de menor bambolla publicitaria, alcanzaban —en manuscritos o en volumen— los honores de la lectura y la difusión. Aun con el advenimiento de la imprenta los libros no abundaban y hasta la biblioteca de un sabio era asaz reducida. En pleno siglo XVII, Spinoza poseía sesenta volúmenes. Un siglo más tarde, Kant tenía trescientos y la mitad de ellos eran narraciones de viajes a las cuales era muy afecto este filósofo que nunca abandonó la Koenigsberg natal.

Por necesidad tanto como por gusto las obras adquiridas eran “clásicas”. En el siglo XVII, por otra parte, no se publicaban más de cincuenta o sesenta libros al año en el país más culto. Hoy los países de normal vida cultural editan entre tres y cuatro mil anuales, sin incluir en esta cifra la literatura de quioscos. Súmese a estas novedades anuales la necesidad de conocer las obras fundamentales anteriores y se verá si es posible abarcarlo todo.

El ensayista inglés Aldous Huxley en un artículo titulado *Escritores y lectores*, hace notar cómo lo universal del fenómeno de la creciente alfabetización del mundo occidental ha creado un tipo de lectura pública, coextensiva con la población adulta y diferente, por lo tanto, de la lectura y del medio escolares. Esta avidez de papel impreso reclama abundante producción y en 1947, fecha del ensayo de Huxley, éste calculaba que entre Inglaterra, Francia y Alemania solas —sin incluir el resto del mundo occidental— anualmente se publicaban cuarenta mil libros, excluída la literatura de quiosco o de antesala de dentista. Calcúlense en consecuencia las cifras actuales de una producción que ha ido creciendo y calcúlese, además, que en el resto del mundo occidental no incluído en las cifras de Huxley, están entre otros países Estados Unidos, España, México, Argentina, de prolíficas minervas. Y para que estos números alcancen matices desconcertantes, *El Correo de la Unesco*, de febrero de 1957, recogiendo estadísticas sobre los autores más traducidos del mundo, entre 1948 y 1955, establece que Lenin lo ha sido en 968 oportunidades

en catorce países, mientras que la Biblia sólo lo ha sido en 887 ocasiones entre esos años y en once países; que en Alemania el autor más traducido junto con la *Biblia*, es Edgar Wallace; en Checoslovaquia, Julio Verne; en España, Emilio Salgari; en Estados Unidos, la *Biblia* y George Simenón; en Francia, Chejov; en Italia, Julio Verne; en Japón, Somerset Maugham, Maupassant y Tolstoy; en Portugal, Shakespeare; en el Reino Unido, la *Biblia* y Dumas, padre. En cuanto a los países que durante el año 1955 han publicado más traducciones se ofrece esta escala: 1) U. R. S. S. con 4.282; 2) Alemania, con 2.056; 3) Checoslovaquia, con 1.478; 4) Francia, con 1.424; 5) Japón, con 1.203; 6) Italia, con 1.118; 7) Países Bajos, con 1.104; 8) Polonia, con 1.071; 9) Suecia, con 949; 10) España, con 894. He aquí en guarismos el drama que presentaría Ortega en la *Misión del bibliotecario*, cuando advertía, que el libro, imprescindible en estas alturas de la historia, está en peligro, porque, en su abundancia, se ha vuelto un peligro para el hombre.

CALIDAD DE LA LECTURA

Agréguese a esto que mientras en otros siglos el libro nuevo se leía cuando ya en torno de él se había formado una aureola de prestigio legítimo, hoy a cada obra publicada se la rodea de una propaganda equívoca —esa Santa Publicidad de que hablaba Cocteau como sustituto de la crítica— que en muchos casos vende gato por liebre. Y así van mezclados los libros buenos y malos; aquellos de indispensable lectura y los que pueden postergarse. Por eso ya recordaba Ruskin en las páginas de *Sésamo y lirios* que hay libros buenos para el momento; libros buenos para siempre; libros malos para el momento, libros malos para siempre. El buen libro del momento —decía Ruskin— es, simplemente, la conversación impresa para nosotros, con una persona con la cual no podemos hablar en otra forma. Haremos buen uso de él, pero no le permitiremos ocupar el lugar del libro eterno. Libro eterno, según Ruskin, es aquel que se escri-

be porque el autor ha tenido algo que decir, algo útil y verdadero, útil y bello, algo trascendente, algo que llega en un lenguaje que encuentra eco en todos los tiempos, algo permanente y cambiante a la vez, de modo tal que a cada generación le pueda hablar, según su distinta sensibilidad.

Pero nos recuerda Ruskin, con razón, que “libros de esta clase han sido escritos en todos los tiempos por sus grandes hombres”. Desgraciadamente hemos llegado demasiado tarde a ese repertorio de sabiduría y arte. Ya se han acumulado increíble número de libros eternos y nuestra vida es demasiado corta y urgida como para alcanzar a leerlos todos. Además hoy el problema es distinto y agravado. Se ha ensanchado tanto el campo de los conocimientos humanos que el hombre no puede abarcarlo todo. Es inquietantemente breve la vida del hombre y hay que resignarse a ignorar muchas cosas. De allí la tendencia a la especialización cada vez más creciente que se observa en todos los órdenes y de allí la misión que Ortega y Gasset asigna al bibliotecario del porvenir: “dirigir al lector no especializado por la *selva selvaggia* de los libros y ser el médico, el higienista de sus lecturas”.

DEFICIENCIAS EN LA LECTURA

Pero nuestro mal y nuestras dificultades como lectores modernos no radican sólo en la publicidad equívoca, en la abundancia de libros, en la especialización del saber. Fincan, además, en que la mayoría de nosotros ya no sabemos leer; se entiende, leer en el auténtico sentido comportado etimológicamente por el verbo latino *legere*: recoger, cosechar. En este orden de cosas cada vez más reclama nuestra escuela una propedéutica de la lectura, del estudiar; un aprender a aprender.

Decía bien José E. Clemente en la *Estética del lector* que la lectura de un libro es una resistencia que el lector debe vencer, resistencia que está en directa relación con las dificultades de comprensión que medien entre él y la obra; resistencia que está en proporción con lo óptimo de la cosecha lograda.

Y nosotros —lectores modernos— hemos confundido el sentido de esa resistencia y hemos pervertido el auténtico acto de la lectura.

El recorrido rápido y superficial de los periódicos nos ha formado un hábito pernicioso y aun escritos que reclaman detenida atención los leemos así. Nos rebelamos contra la lectura concentrada de un solo asunto. Si nos exige un esfuerzo de comprensión, si nos presenta alguna dificultad, abandonamos el libro. El periódico nos ha acostumbrado al continuo cambio de temas, a la sucesión vertiginosa de motivos que diluyen nuestra atención y debilitan nuestra memoria. Obsérvese, a manera de comprobación, cómo cuando aparece una revista nueva, ante todo exigimos para su aprobación, variedad y hábil diagramación, para poder sin esfuerzo, rápidamente, penetrarnos de su contenido.

Por otra parte, el eludir la lectura concentrada es falla de la voluntad y consecuencia del desgaste nervioso en el trajín del contemporáneo tráfigo cotidiano. También en este aspecto, la lectura diaria del periódico, de la revista de divulgación donde todo está predigerido, la abundancia del cine, nos han debilitado la voluntad para esforzarnos en una lectura profunda. La menor dificultad que presenta un texto nos impulsa a abandonarlo, olvidando aquello que expresaba Valéry: “casi todos los libros que estimo y absolutamente todos los que me han servido para algo, son libros difíciles de leer”. Es decir, aquellos que exigen atención y concentración especiales, voluntad tensa, esfuerzo.

LA LECTURA ESTIMULANTE

En realidad, nuestro tiempo no es de lectores que entiendan la lectura como un refugio gozoso, ni como un meditar, ni como una incitación reflexiva, ni como un esfuerzo. Nuestro tiempo es de devoradores de informaciones o de lectores pervertidos por noveluchas equívocas, divulgadas por el cine. Ignoran que el leer es una cosecha fructífera, un alimen-

tó espiritual que nutre nuestro propio pensamiento. Bacon afirmaba que la lectura hace al hombre cabal; y es famosa la respuesta del Marqués de Dangeau a Luis XIV, cuando éste, mitad en serio, mitad en broma, le reprochaba excesivo amor por los libros: “Señor —contestó el Marqués— la lectura es a mi espíritu lo que vuestras perdices para mis mejillas”. Montaigne escribía en los *Ensayos*: “La lectura me sirve particularmente para despertar mi razón hacia diversos objetivos y contribuye a atarear mi discernimiento, no mi memoria...” (L. III, cap. III). La lectura era para él estímulo y también puede ser reencuentro del lector consigo mismo, como le ocurre a nuestro Eduardo Mallea, según lo expresa en una página de *El retorno*: “He leído a Hesíodo y eso conviene a una parte de mí; he leído a Marcial y eso conviene a otra porción de mí. Los libros más grandes son los que sirven en nosotros mayor número de porciones”.

Alfonso Reyes ha caracterizado la lectura como “un darse y un recobrase: una aceptación siquiera instantánea y automática de lo que leemos y un claro registro de nuestras propias reacciones”. Y Virginia Woolf, en uno de los ensayos reunidos bajo el título de *El lector común* considera que si lo frecuente es clasificar los libros por géneros —ficción, poesía, historia, ciencia, etc.— podría intentarse otro tipo de clasificación según que alcancemos o no a tomar de ellos lo que en rigor debieran darnos. “Y, por cierto, —concluye— que son pocos los lectores que reclaman a los libros lo que éstos han de darnos”.

LA LECTURA COMO ÍNDICE

El título *The Common Reader*, adoptado por Virginia Woolf para su colección de ensayos, está tomado de un pensamiento del Doctor Samuel Johnson, padre de la cultura inglesa moderna, que figura en su *Vida de Gray*. “Me alegro —dice el Dr. Johnson— de coincidir (en mis apreciaciones) con el lector común; pues por el sentido común de los lecto-

res, no corrompidos por los prejuicios literarios, por todos los refinamientos y sutilezas del dogmatismo de la enseñanza, puede ser finalmente decidida toda aspiración a los honores poéticos". Lector común equivaldría en este sentido a lector no profesional, el individuo que lee no en función de su oficio o actividad profesional, sino desinteresadamente, que lee por la lectura misma.

Y bien, es del caso preguntarnos hasta dónde conserva hoy validez el punto de referencia elegido por el Dr. Johnson en el siglo XVIII para discernir los honores literarios. ¿Es en realidad el sentido común del lector común el que abre hoy las puertas del Parnaso?

Descartando, desde luego, el hecho de que pueda haber autores para mayorías y autores naturalmente minoritarios, un arte a todos accesible y un arte para iniciados, ¿todo *best-seller*, es decir, todo libro que constituye un éxito editorial es hoy garantía de calidad y arte?

Por otra parte, el lograr hoy un *best-seller*, ¿es simultáneo con el alcanzar la gloria literaria? Y, viceversa, ¿el alcanzar la gloria literaria está hoy siempre en relación con el buen negocio editorial?

Evidentemente, las respuestas a estos interrogantes son obvias; pero tales inquisiciones nos muestran perspectivas de la lectura sobre las cuales el hombre actual, cuando se decida a replantearse los fundamentos de su cultura, deberá meditar seriamente.

Los fundamentos de esta cultura moderna se afirman —ya lo dije al comenzar— en el libro y en la lectura. Por lo tanto cabría suponer que a mayor alfabetización de las masas, vale decir a mayor número de lectores en potencia, mayores posibilidades para la expansión cultural. Sin embargo, la realidad tangible es muy otra.

La creciente alfabetización de las masas registradas a partir de la segunda mitad del siglo XIX fue paralela a la creciente difusión del periodismo, particularmente de la prensa sensacionalista. El historiador y antropólogo Arnold Toynbee

ha señalado en el párrafo *El impacto de la democracia en la educación (Estudio de la historia. Tomo V)* cómo “ante el estupor de los que atribuían a la enseñanza obligatoria de las primeras letras las facultades de panacea universal, la primera generación de lectores, lejos de dejarse ganar por el atractivo atribuido a los grandes libros de la humanidad, fue ganada por los titulares de una prensa de escándalo y tal vez por la seducción y prolijidad de la pura noticia informativa”. Y en un estudio reciente sobre *Sociología del público argentino*, Adolfo Prieto verifica en nuestro medio la validez de la observación de Toynbee, mostrando cómo en relación con el fenómeno de la progresiva alfabetización, “no sólo prospera entre nosotros desde comienzos de siglo el tipo de prensa sensacionalista que denuncia Toynbee, sino que la que en un tiempo pudo llamarse acaso prensa seria, tironeada por la competencia y tal vez el contagio, ofrece al público lector, disimulada entre el alud de noticias, un mínimo de sustancia que aquel difícilmente puede incorporar a su acervo de cultura”.

LECTURA, ¿FELICIDAD, TORTURA?

La alfabetización, pues, ha creado la necesidad de lectura que el hombre moderno satisface en las formas y medios tortuosos, accidentados, vertiginosos, espúreos, que las exigencias imperiosas del tiempo y de sus urgencias le imponen con el consiguiente estrago de su gusto y en definitiva con la consiguiente desculturalización.

Y véase la paradoja: cuando el mundo estaba menos alfabetizado, la lectura y sus posibilidades constituían un *desideratum*, un sueño de felicidad:

Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve,
que no turben deudas ni pesares...

era cuanto anhelaba el supuesto Fernández de Andrada de la *Epístola moral* en la Sevilla del siglo XVI. Y ya antes, has-

tiado de los vaivenes políticos, el Marqués de Santillana, en el siglo XV, volvía los ojos a sus libros:

E la biblioteca mía
allí se desplegará,
allí me consolará
la moral filosofía.

Hoy, más alfabetizado el mundo, recibe por la lectura su diaria cuota de infelicidad. Si es por el periódico, le envuelven los negros nubarrones que condensan la guerra de nervios, la sarcásticamente denominada "guerra fría". Si es por la literatura de ficción, todas las monstruosidades, las anomalías, las deformidades físicas y morales de un museo patológico, desfilan ante sus ojos. Piénsese sólo en las derivaciones anormales que va tomando cierto tipo de novela policial y aún la reciente "science-fiction" —derivaciones que vemos en todos los quioscos y devoradas por el público—. En ellas se dosifica por receta lo sexual, lo patológico, sadismo, masoquismo, esquizofrenia, morbosidad, taras, etc. Y esas novelas están en manos de nuestros jóvenes y niñas, sin ocultamientos de ninguna clase.

Nos reíamos de los abuelos románticos y de sus comedias lacrimógenas, porque ellos iban al teatro dispuestos a sufrir y llorar con las desdichas escénicas y en esto encontraban un goce. Pero evidentemente aquél era un goce suave e ingenuo.

En cambio, los goces de nuestro tiempo son violentos, dolorosos, traumáticos. Observemos la danza: los bailarines se contorsionan, se descoyuntan y fracturan con el "rock and roll"; pero en medio de ese sufrimiento estrepitoso, de esa fatiga, han gozado. Observemos la lectura: nuestros lectores escogen libros morbosos, escatológicos, nauseabundos y, en medio de la tortura espiritual que les reportan, gozan a su modo de la lectura.

Hay que convenir, sin duda, que cierto tipo de lectura vigente ya no nos acerca por el sosiego del espíritu a esa *ataraxia* clásica, ya no nos conduce placentera a la felicidad so-

ñada por los hombres de otra época. O al menos habrá que admitir que se trata de otra clase de placer, de felicidad, la que hoy se busca en la letra impresa: una felicidad a la cual se llega por la tortura, por el dolor, el sufrimiento; una felicidad semejante a la que mis lectores alcanzarán ahora al advertir que llegamos al fin, luego de haber padecido la tortura de esta exposición de conceptos.

RAÚL H. CASTAGNINO